IV Domingo del Tiempo de Cuaresma (19-03-23)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

En el camino de la Cuaresma, este año, como leemos el Evangelio de Mateo (que se complementa con el Evangelio de Juan), se nos ponen algunos textos que nos permiten entender qué sentido tiene este camino que nos abre el Señor. Y ese sentido, sobre todo, se da cuando vemos experiencias de creyentes de otros siglos; en este caso, de los primeros cristianos que, justamente, han ido entrando en la fe, poco a poco, comprendiendo la novedad que tienen.

Y una de las cosas más serias que se ponen hoy día es cómo nosotros, hoy día, en nuestra realidad, podemos abrirnos al Señor vivamente, sabiendo que muchas cosas son todavía problema en nuestra fe. Sí creemos que todo en nuestra fe está claro, es más difícil que podamos salir de ese entrampamiento (es cierto que hay muchas cosas que se han aclarado, pero muchas cosas que permanecen oscuras y más vale que tengamos conciencia de que si pretendemos saberlo todo y creer que todo está clarísimo, entonces, estamos medio ciegos también nosotros). Lo digo porque, actualmente, en toda nuestra América Latina, existe una tendencia a cerrarse y oponerse entre las personas, y creer que lo primero que sienten, eso es la verdad y, en realidad, eso expresa una ceguera muy grande. Y, por eso, este texto nos viene a iluminar muy profundamente para que aprendamos a creer, saliendo de nuestras rigideces y durezas.

En este texto Juan (9,1.6-9.13-17.34-38), Jesús hace un gesto sencillo: simple y llanamente, ve que una persona sufre porque está ciega y se ha dedicado a la limosna. Lo ve y lo primero que hace es un gesto profundo de amistad y de cariño, a través, simultáneamente, de un gesto de curación (como una especie de curandero). De su saliva (que la echa sobre la tierra), hace lodo y le mete en los ojos, y luego le dice: *"Anda, vete a lavar a la piscina de Siloé"*. Así fue y empezó a ver. Es un hecho sencillo que pudiera haber tenido muy poca repercusión en el ambiente, pero ¿por qué tiene tanta repercusión? Han visto ustedes todo el laberinto de líos y problemas que salen ¿no es cierto? Si nació ciego, si no nació ciego, si pecaron sus padres, si pecó él o quién lo ha curado de esa manera, cómo puede ser que se cure en sábado, si ese día no se puede curar… ¿El que cura el sábado es, entonces, un pecador? ¿no puede un pecador curar a nadie? Y así...

¿Qué está pasando en el pueblo de Israel para que haya tanto laberinto a partir de una cosa tan sencilla? Simple y llanamente, Jesús ha hecho algo nuevo y el sistema de vida que llevaban en la religión judía no permite que algo nuevo surja. Existe un encerramiento tal que solo lo que la ley manda y lo que está ordenado por los sacerdotes del templo de Jerusalén, tiene que pasar. Y si pasa algo nuevo, hay que expulsarlo, hay que sacarlo del medio.

Esto que, al principio, he llamado "rigideces" en toda nuestra América latina, es lo que se llama totalitarismo, tendencia a pensar de que solo quien manda y ya tiene un sistema organizado, tiene la verdad y, por lo tanto, nadie tiene que decir nada distinto. Y esa tendencia se está dando en todos los sectores, de un lado y de otro; de tal manera que existe una cerrazón, y eso es la ceguera, que nos entumece y no nos

permite ver el rostro del otro y sus problemas; que no nos hace ver con los ojos de Jesús que tiene compasión por las personas y sale a buscarlas, sino que nos encierra en nuestros pensamientos y, especialmente, en nuestras ideologías, que pueden ser de uno u otro bando, y también en nuestros intereses porque, normalmente, se usan las ideologías para proteger intereses. Entonces, no tenemos apertura y todo lo queremos tener bajo control porque no puede haber libertad en las personas.

Este ciego que ahora es "ex-ciego", lo que hace es afirmar y mostrar su experiencia, permanentemente, ante todo este sistema de objeciones, de laberintos que todos establecen: *"Yo no veía, Él me puso barro, yo me lavé en la piscina de Siloé y veo"*, dijo. Ese es un hecho macizo y contundente, no hay más y, por lo tanto, esa persona que lo ha hecho, seguramente que viene de Dios y, por lo tanto, está disponible para creer. Por eso, Jesús lo aborda luego y le dice: *"¿Crees en el Hijo del Hombre?"*

El ciego ni siquiera sabía quién era el Hijo del Hombre, porque los hebreos más sencillos y marginados esperaban que Dios enviara, en medio de los hombres, a un hijo de una familia determinada (el Hijo del Hombre), que se revelaría como Aquel que Dios nos manda para ayudar a consolar, alentar y liberar a los oprimidos. Israel había pasado siglos de maltratos, de destrucciones, de tensiones, de guerras y, sobre todo, de intolerancia, y el pueblo estaba cansado por la humillación que sufría. Por eso, siempre había, en el corazón del pueblo, la esperanza de que alguien viniera de parte de Dios a solucionar esto, pero no sabían quién era. Y Jesús va a ser el que va a encarnar esa figura, va a darle aliento y le va a decir: *"¿Crees en el Hijo del Hombre?... Es el que está hablando contigo".*

El ciego, entonces, dice: *“Yo creo, Señor”,* y se pone de rodillas ante Él. Esta imagen significa que cuando tenemos una experiencia de fe que es profunda, una intuición, hay que seguirla. A veces, nosotros, estamos habituados a mantener costumbres que se quedan en el tiempo y no se reforman. Entre esas costumbres, por ejemplo, los peruanos teníamos, antiguamente, esa cosa de que había un terremoto o había una epidemia y se decía: “¡Aplaca, Señor, tu ira!”. Qué bonito que, en este último tiempo, esa palabra no haya aparecido. Quiere decir que hemos madurado en la fe, porque estamos empezando a sentir que una cosa son las tragedias, y otra cosa es el amor de **Dios que está para ayudarnos en medio de las tragedias**; que Dios no nos manda las tragedias por castigo. Así pensaban los hebreos, que las personas ciegas eran malditas, que habían sufrido eso como una especie de punición, de castigo, por el pecado de alguno. Y, entonces, la persona sufría porque Dios mandaba el sufrimiento.

Y nosotros hemos ido concibiendo, a lo largo de este tiempo, que esa manera de pensar (“Aplaca tu ira, Señor”), es una cosa equivocada… ¡y nos ha costado siglos superarlo!. Y, ahora, qué cosa decimos: Dios no manda los males, Dios no quiere el mal para el ser humano. Los males existen porque hay razones naturales o porque alguien los crea, los mete en la vida de la gente, y destruye a las personas y a los pueblos.

Por eso, hemos ido acogiendo el mensaje más importante que la Iglesia ha predicado después del Concilio Vaticano II: **Dios es amor y solo amor**. Y, por lo tanto, Dios es nuestro escudo, Dios es nuestra esperanza, Dios está siempre con nosotros y nos alienta a identificar los males para solucionarlos. Esta es la segunda cosa muy importante después de que hemos entendido que Dios no tiene ira: que Dios solo es amor.

Cuando hay desgracias (como están pasando en los últimos días), empezamos una cadena de solidaridad. Yo quiero agradecer a todos los que, en estos días, han visto la convocatoria por redes sociales para ayudar urgentemente a nuestros hermanos afectados por las lluvias, y han llegado 16 toneladas de víveres en tres días, por parte de ustedes. Esto quiere decir que estamos ya en otra mentalidad.

Ante la desgracia, ante el dolor: somos hermanos solidarios, hermanos de verdad. Esto significa que la experiencia puede más que las costumbres, que la experiencia puede más que las cosas que se dicen, a veces, equivocadas, y que tenemos que seguir rectificando porque, si no la Iglesia es ambigua (dice una cosa y dice la otra). Por ejemplo, en la época de Jesús, se pensaba que la enfermedad era una maldición por algún pecado de otro. Eso generó que los sacerdotes dijeran: “Mantente quieto, no digas nada. No oses decir que hay algo nuevo porque si dices eso, el sistema se afecta. Así que ¡cállate!”. Entonces, teníamos un pueblo compungido, calladito, que no hablaba, que no decía nada.

Eso también ha pasado entre nosotros: por miedo, no hablar, no decir. Cuando eso sucede, la gente va acumulando rabia, odio, porque uno es reprimido para poder decir las cosas y no tratarlas. Por eso es que, por años, en nuestro país, se ha ido creando un nuevo sistema, que es la democracia, para poquito a poco, aprender a tratarnos y tratar nuestras cosas. Pero siempre hay, en este tiempo, personas que dicen: “Esa cosa no está buena, es mejor que todos obedezcan a uno solo”, y eso en toda América latina sucede. Están viendo, ustedes, cómo en Nicaragua el señor que gobierna ha metido a la cárcel a un profeta, a un obispo que ha estado diciendo la verdad, llamando a todos a que digamos las cosas como son. Pero no

sólo en esos grupos totalitarios, porque, también, en medio de las democracias, hay personas que quieren manipular todo el sistema, de tal manera que tengan control absoluto sobre todo (lo estamos viendo en algunas decisiones que se están tomando en el último tiempo, cosa que es muy seria).

Hermanos y hermanas, tiene que haber diversidad y todos tenemos que participar. No puede ser que algunos capturen ciertas cosas o inventen ciertas costumbres en donde todo el mundo aparece “agachadito”. Y si ha habido muchas protestas en los últimos meses, viene de que no se ha escuchado suficientemente y, entonces, alguien ha aprovechado para incentivar más encono. Pero eso parte de un principio: si no hemos escuchado antes, cómo no queremos que, luego, alguien esté dispuesto a ser manipulado.

Por eso, todos tenemos el legítimo derecho a hablar y a decir, como el ciego, que dice: “Él me curó, y ahora veo”, y lo dice porque es su experiencia, es un coraje que viene de la fe, que permite decir las cosas como son y no esconderlas ni tener miedo. Pero cuesta mucho salir del miedo, ¿no es cierto?, sobre todo, cuando se usan los medios de crear terror y crear miedo para tener a todo el mundo calladito. La mejor manera es escuchar, expresarnos, decir.

Si hoy día, ustedes, están organizándose en todas partes para poder ayudar a todos los hermanos damnificados por las inundaciones, eso es tarea de toda la sociedad, en donde el Estado también colabora, pero el Estado no puede usar eso para hacerse propaganda. Eso es para servir a todos porque es un clamor de todos y una necesidad de todos. La Iglesia

siempre ha incentivado el bien común, y lo que ha hecho Jesús aquí es, a través del reconocimiento, de la genialidad de ese testigo, entender que, realmente, todos necesitamos estar curados y todos necesitamos - como ha dicho el Papa esta mañana- ser dignos, ser reconocidos dignamente. Y, por lo tanto, el ex-ciego, como persona digna curada por Jesús, levanta la voz y dice: “Él me ha curado”.

Por eso, hermanos y hermanas, en este domingo tenemos que dar pasitos en la Cuaresma, y el pasito más importante es cómo nosotros nos dejamos curar por Jesús y, simultáneamente, damos testimonio de Él. Para eso, tenemos que organizarnos mejor, tenemos que tratar las cosas, tenemos que decidir juntos las cosas y anchar nuestra democracia como valor humano, que es más grande que una decisión política de un tipo o del otro (eso los políticos lo tienen que hacer y les toca a ellos ponerse de acuerdo).

Pero lo que nosotros sí tenemos que hacer es dialogar y, desde la base de la sociedad, humanizar nuestra sociedad, comprender y dejar hablar a los pequeños que sienten muchas cosas interesantes y que necesitamos prestar oído a ellas para poder cambiar las cosas y mejorarlas.

Por último, tenemos esa frase histórica que decimos los peruanos: “No hay peor ciego que el que no quiere ver”, ¿no es cierto?Eso es bastante sabio, pero Jesús nos propone algo más fuerte: **“No hay peor ciego que el que cree que ve”**. Es muy serio, porque los que nos creemos, a veces, que sabemos

todo, en realidad, no sabemos nada porque no conocemos toda la realidad. Todos los peruanos vivimos situaciones muy complejas que no se conocen por parte de muchas personas que dirigen nuestro país, inclusive, la Iglesia. Estamos *erre que erre* con nuestro Clero tratando de ver cómo nos aproximamos a la gente, cómo la Iglesia se abre a la gente de afuera. Es difícil eso, porque estamos acostumbrados a que la gente venga porque es un país católico, pero ya hay mucha gente que no viene a Misa, hay mucha gente que anda por su camino, y es mejor irnos a los caminos a buscarlos, como hace Jesús. Y esa tarea, es la tarea que el Señor nos pide en este domingo: el poder no creernos nada, sino, más bien, favorecer con alegría el reconocimiento de que muchas cosas, sin saberlas, las tenemos que aprender; y juntos, entonces, caminar para mejorar, todos: gobernantes y gobernados, empresarios, amigos, barrios, comunidades, todos, entrar en un camino de conocernos, acompañarnos y ayudarnos.

Que Dios los bendiga y que les dé a todos la fe del ex-ciego de nacimiento que Jesús curó.